

## La vida intelectual: pensar, leer, escribir

Jaime Nubiola  
(jnubiola@unav.es)

[Texto oral]

"Vivir es escribir"  
F. Schlegel, *Sobre la filosofía* (1799)

En primer lugar deseo agradecer la invitación de José Manuel Fidalgo para impartir esta sesión en el marco del curso de actualización sobre "Cuestiones teológicas y pedagógicas de actualidad". Estoy encantado de hablaros hoy, pues estoy seguro de que tanto vosotros como yo podemos aprender algo en esta sesión. No voy a decir que es la sesión más importante del curso, pero sí que lo es al menos para mí.

Para preparar mi texto, he echado mano de algunos párrafos de mi libro *El taller de la filosofía* y de algunas otras reflexiones recientes y he pedido que se os distribuyera el texto por escrito. Así además de irlo siguiendo mientras me escucháis a mí, os lo podéis llevar para repensarlo luego.

Mi exposición pretende contagiaros la convicción de que la escritura es la clave de la calidad de vuestra vida profesional y personal. Aspiro a persuadirlos de que si os empeñáis en aprender a escribir y a comunicar lo escrito con otros vuestra vida se expandirá de forma insospechada tanto en lo personal como en lo académico hasta llegar a ser verdaderamente una gozosa vida intelectual. Además pretendo persuadirlos de que esa es la actitud que la sociedad necesita —y que la Iglesia espera— de quienes trabajamos en la Universidad de Navarra.

Para esto voy a dividir mi exposición en las secciones siguientes: 1) La escritura en la vida intelectual; 2) Lanzarse a escribir; 3) Leer siempre; 4) Pensar la fe hoy; 5) Vivir creativamente la fe.

### 1. La escritura en la vida intelectual

El pensamiento es algo que a los seres humanos nos sale o nos pasa —como el pelo o la maduración sexual— independientemente de nuestra voluntad: no pensamos como queremos. Sin embargo, en el desarrollo del pensamiento tienen un papel muy relevante el entorno social, la lengua y el ambiente en el que acontece el crecimiento de cada uno o de cada uno. El horizonte de la vida intelectual se ensancha mediante el estudio, la conversación, la lectura y el cine, pero en particular se enriquece mediante la escritura de aquellas cosas que a cada uno interesan o inquietan. La maduración personal puede lograrse indudablemente de muy diversas maneras. La que quiero alentar con mis palabras es el crecimiento en hondura, en creatividad y en transparencia que se logra mediante el esfuerzo por expresar por escrito la reflexión de la propia vida.

Desde hace siglos la vida intelectual ha sido caracterizada como aquel tipo de vida en el que toda la actividad de la persona está conducida por el amor a la sabiduría, por el *amor sapientiae* renacentista, por la búsqueda de la verdad. Lo que más nos atrae a los seres humanos es aprender: "Todos los hombres por naturaleza anhelan saber", escribía Aristóteles en el arranque de su *Metafísica*. Como el aprender es actuación de la íntima espontaneidad y al mismo tiempo apertura a la realidad exterior y a los demás, la vida de quienes tienen esa aspiración a progresar en la comprensión de sí mismos y de la realidad, resulta de ordinario mucho más gozosa y rica. No hay crecimiento intelectual sin reflexión, y en la vida de muchas personas no hay reflexión si no se tropieza con fracasos, conflictos inesperados o contradicciones personales. La primera regla de la razón —insistió Peirce una y otra vez— es "el deseo de aprender"; y en otro lugar escribía: "La vida de la ciencia está en el deseo de aprender"<sup>1</sup>. La experiencia universal muestra que quien desea aprender está dispuesto a cambiar, aunque el cambio a veces pueda resultar muy costoso.

El aprendiz progresa cuando centra su atención en tres zonas distintas de su actividad: espontaneidad, reflexión y corazón. Están las tres íntimamente imbricadas entre sí. Quizás esto se advierte mejor en su formulación verbal activa: pensar lo que vivimos (reflexión), decir lo que pensamos (espontaneidad), vivir lo que decimos (corazón). Esas tres áreas pueden ser entendidas como tres ejes o coordenadas del crecimiento personal. Podrían denominarse también *asertividad*, que es el trabajo sobre uno mismo para ganar en protagonismo del propio vivir: es independencia afirmativa, confianza en las propias fuerzas, conocimiento de la potencia del propio esfuerzo; *creatividad*, que es el esfuerzo por reflexionar, por escribir, por fomentar la imaginación, por cultivar la "espontaneidad ilustrada": lleva a convertir el propio vivir en obra de arte; y *corazón*, que es la ilusión apasionada por forjar relaciones comunicativas con los demás, para acompañarles, para ayudarles y sobre todo para aprender de ellos: el corazón es la capacidad de establecer relaciones afectivas con quienes nos rodean, relaciones que tiren de ellos —¡y de nosotros!— para arriba.

La espontaneidad es la esencia de la vida intelectual<sup>2</sup>; requiere búsqueda, esfuerzo por vivir, por pensar y expresarse con autenticidad. "Hay solo un único medio —escribirá Rilke al joven poeta—. Entre en usted. (...) Excave en sí mismo, en busca de una respuesta profunda"<sup>3</sup>. La fuente de la originalidad es siempre la autenticidad del propio vivir. La subjetividad confiere vida a los signos y confiere significatividad a la expresión del pensar. Transferir la responsabilidad del vivir y el pensar a otros, sean estos autoridad, sean los medios de comunicación social que difunden pautas de vida estereotipadas, puede resultar cómodo, pero es del todo opuesto al estilo propio de quien quiere dedicarse a una vida intelectual. Como escribió Gilson, "la vida intelectual es *intelectual* porque es conocimiento, pero es *vida* porque es amor"<sup>4</sup>. Transferir a otros las riendas del vivir, del pensar o del expresarse equivaldría a renunciar a esa vida intelectual, a encorsetar o fosilizar el vivir y a cegar la fuente de la expresión.

Quizá cada persona pueda progresar en esas coordenadas por sendas muy diversas, pero el camino que recomiendo a los jóvenes profesores universitarios es el de la escritura personal. Cuando uno se empeña en escribir se transforma en artista —o al menos en

<sup>1</sup> PEIRCE, C. S. (1936-58) CP 1.135 (c.1889) y CP 1.235 (c.1902), en *Collected Papers of Charles S. Peirce*, HARTSHORNE, C., WEISS, P. y BURKS, A. W. (eds.), (Harvard University Press, Cambridge, MA).

<sup>2</sup> ANDERSON, D. (1987) *Creativity and the Philosophy of C. S. Peirce*, p. 6 (Dordrecht, Nijhoff).

<sup>3</sup> RILKE, R. M. (1980) *Cartas a un joven poeta*, pp. 24-25 (Madrid, Alianza).

<sup>4</sup> GILSON, E. (1974). *El amor a la sabiduría*, p. 5 (Caracas, AYSE).

artesano— porque descubre que el corazón de su razón es la propia imaginación. La espontaneidad buscada con esfuerzo se traduce en creatividad, y la creatividad llega a ser el fruto mejor de la exploración y transformación del propio estilo de pensar y de vivir<sup>5</sup>, del modo de expresarse y de relacionarse comunicativamente con los demás.

La primera etapa para aprender a escribir —que dura toda la vida, aunque evoluciona en sus temas y en intensidad— consiste básicamente en coleccionar aquellos textos breves que al leerlos —por primera o por duodécima vez— nos han dado la punzante impresión de que estaban escritos para uno. A veces se trata de una frase suelta de una conversación o de una clase, o incluso un anuncio publicitario o cosa parecida; otras veces se trata de fragmentos literarios o filosóficos que nos han cautivado porque nos parecían verdaderos sobre nosotros mismos. Lo decisivo no es que sean textos considerados "importantes", sino que nos hayan llegado al fondo del corazón. Después hay que leerlos muchas veces. Con su repetida lectura esos textos se ensanchan, y nuestra comprensión y nosotros mismos crecemos con ello.

Lo más práctico es anotar esos textos a mano, sin preocupación excesiva por su literalidad, pero sí indicando la fuente para poder encontrar en el futuro el texto original si lo necesitamos. Es importante huir del academicismo, huir de los temas "importantes" académicamente y centrarse en los temas que realmente a cada uno más le importen: las relaciones afectivas, el estilo de vida, el desarrollo de las propias cualidades, las discusiones a nuestro alrededor, los conflictos en los que nos vemos involucrados, las aficiones; en resumen, todos aquellos temas que nos afectan y que queremos comprender con más claridad. Esas colecciones de textos en torno a los temas que nos interesan, leídas y releídas una y otra vez, pensadas muchas veces, permiten que cuando uno quiera ponerse a escribir el punto de partida no sea una estremecedora página en blanco, sino todo ese conjunto abigarrado de anotaciones, consideraciones personales, imágenes y metáforas. La escritura no partirá de la nada, sino que será la continuación natural, la expansión creativa de las anotaciones y reflexiones precedentes. La escritura será muchas veces simplemente poner en orden aquellos textos, pasar a limpio —y si fuera posible, hermosamente— la reflexión madurada durante mucho tiempo.

El "ábrete sésamo" de la escritura se encuentra muy probablemente en la imaginación (en su exploración y en su explotación), de forma que se vuelque en la escritura literaria o en el desarrollo efectivo de la capacidad de compartir ese manojito de ideas, afectos y sentimientos que cada uno es. De un lado, están las imágenes pasadas que constituyen nuestra memoria biográfica. Recuérdese el maravilloso consejo de Rilke al joven poeta: "... sálvese de los temas generales y vuélvase a los que le ofrece su propia vida cotidiana; describa sus melancolías y deseos, los pensamientos fugaces y la fe en alguna belleza; descríbalos todo con sinceridad interior, tranquila, humilde, y use, para expresarlo, las cosas de su ambiente, las imágenes de sus sueños y los objetos de su recuerdo. Si su vida cotidiana le parece pobre no se queje de ella (...) Y aunque estuviera usted en una cárcel cuyas paredes no dejaran llegar a los sentidos ninguno de los rumores del mundo, ¿no seguiría teniendo siempre su infancia, esa riqueza preciosa, regia, el tesoro de los recuerdos? Vuelva ahí su atención"<sup>6</sup>. Mediante la escritura puede ganarse además el control expresivo de zonas de la memoria o de los afectos que a veces no se sabe cómo compartir porque no se ha trabajado lo suficiente sobre su forma adecuada de expresión. Los seres humanos necesitamos contar nuestra vida a los demás, pero

---

<sup>5</sup> BODEN, M. (1994) Agents and Creativity, p. 119, *Communications of the ACM*, 37.

<sup>6</sup> RILKE, R. (1980) *Cartas a un joven poeta*, pp. 25-26

como muchas veces no sabemos contarla, aprendemos a hacerlo escribiéndola. Así se enriquece la propia biografía con recursos expresivos que permiten compartirla con otros.

## 2. Lanzarse a escribir

De hecho el problema que de una manera u otra más aflige a la mayor parte de la gente joven —entre los que quizás os contáis— es la soledad, y la solución de la soledad se encuentra siempre en la confiada comunicación con otras personas<sup>7</sup>. Resulta indispensable aprender a compartir afectos, intereses, tareas, aficiones o inquietudes hasta el punto de que los respectivos relatos biográficos se fundan en algunos tramos confiriéndose recíproco sentido: eso es la amistad y las demás formas de relación afectuosa entre los seres humanos.

Una experiencia prácticamente universal es que ayuda bastante a comprender un problema, sea de la naturaleza que sea, intentar describirlo de forma sumaria por escrito. Por de pronto, describir por escrito el problema en el que uno está metido alivia mucho la tensión interior. Además, muy a menudo, una buena descripción del problema suele sugerir ya las vías de su posible solución. Esto es así en muchas áreas técnicas, pero en especial suele ser de extraordinaria eficacia en el riquísimo y complejo mundo de las relaciones personales. Ante una situación de incomunicación, de incompreensión o de malentendidos en el ámbito profesional, familiar o social, la descripción por escrito de ese problema nos ayuda a comprenderlo mucho mejor, y sobre todo a entender el papel de uno mismo en esa situación. Escribiéndolo ya no es el problema el que nos domina, sino que somos nosotros quienes al plasmarlo sobre el papel, lo delimitamos y lo hacemos manejable. Hay algo, quizás inconsciente, que nos sugiere que si puede ser escrito, puede ser controlado. Y, aunque el problema continúe sin solución, nos parece menos problemático y nos resulta más fácil comenzar a buscar el modo de resolverlo. Los psicólogos recomiendan a veces esta técnica empleando para ella el término de "grafoterapia".

Para aprender a escribir lo único indispensable es escribir mucho; con la paciencia infinita de un buey<sup>8</sup>, pero también con su tenacidad y constancia: una palabra detrás de otra. Para escribir bien lo más importante es escribir despacio y corregir mucho lo escrito. Como la escritura es expresión de la propia interioridad no puede hacerse con prisas, de forma apresurada.

Para quienes necesitan escribir y no saben qué o no tienen dónde, puede resultar un buen espacio creativo el llevar algo así como un diario o quizás un *blog*. Resulta de muy escaso interés el registro pormenorizado de los incidentes cotidianos, pero en cambio puede facilitar mucho la creatividad personal el tener un cuaderno —¡o un *blog*!— en el que uno vaya anotando sus reflexiones u ocurrencias casuales, una detrás de otra, sin más título que la fecha del día en que las escribe. Un diario así no ha de tener el carácter de un registro íntimo, sino más bien una cierta pretensión literaria. Su redacción ha de estar movida por un esfuerzo creativo y comunicativo que permitiera, si llegara el caso, su lectura por otros.

Resulta muy práctico también aprovechar las ocasiones que brinda la vida de relación social para aficionarse a escribir, aunque sean correos electrónicos, mensajes en *Whatsapp*,

---

<sup>7</sup> MIJUSKOVIC, B. (1995) Some Reflections on Philosophical Counseling and Psychotherapy, p. 85, en LAHAV, R. y TILLMANN, M. (eds.) *Essays on Philosophical Counseling* (Lanham, ML, University Press of America).

<sup>8</sup> VAN GOGH, V. (1992) *Cartas a Théo*, p. 109 (Barcelona, Labor).

*Facebook* o tuits en *Twitter*. Cada mensaje que uno escribe es una estupenda ocasión de disfrutar tratando de producir un texto en el que se articulen, si fuera posible hermosamente, experiencias y razones. Lo importante es no dejarse arrastrar por las prisas y empeñarse en no decir tonterías.

Además de lo que se escriba por gusto, las circunstancias profesionales o sociales obligan con frecuencia a escribir "de encargo", por obligación: desde la biografía breve que se pide en una solicitud de beca hasta el resumen de un proyecto o un trabajo académico. Vale la pena tratar de convertir cada uno de esos encargos en una pequeña obra de arte, al menos en una obra del mejor arte del que cada uno sea capaz dentro del tiempo disponible en cada caso.

### 3. Leer siempre

Quien no sea capaz de escribir debe concentrar primero su atención en leer: "Gástese la primera estancia del bello vivir en hablar con los muertos; nacemos para saber, y los libros con fidelidad nos hacen personas"<sup>9</sup>. Así escribe Gracián. Y un escritor contemporáneo, como haciéndose eco de aquel dicho, añade: "Si quieres ser escritor, tienes que vivir, primero, mucho tiempo con los muertos. Y, después, guardar silencio muchos años. O siempre. Ya verás"<sup>10</sup>.

La lectura resulta del todo indispensable en una vida intelectual: "Leemos para vivir"<sup>11</sup>. La literatura es la mejor manera de educar la imaginación; es también muchas veces un buen modo de aprender a escribir de la mano de los autores clásicos y de los grandes escritores y resulta siempre una fuente riquísima de sugerencias. No importa que lo que leamos no sean las cumbres de la literatura universal, basta con que atraiga nuestra imaginación y disfrutemos leyendo. Para llegar a disfrutar con los clásicos se requiere mucho entrenamiento, mucha lectura previa, como pasa con la música clásica, por no decir con las óperas de Wagner o la música dodecafónica. Todos los grandes filósofos contemporáneos se educaron leyendo en su juventud a Julio Verne, Emilio Salgari, Karl May, Rudyard Kipling o Robert Stevenson.

Como explica en *Tierras de penumbra* el estudiante pobre, descubierto robando un libro en Blackwell, "leemos para comprobar que no estamos solos". Hace falta una peculiar sintonía entre autor y lector, pues un libro es siempre "un puente entre el alma de un escritor y la sensibilidad de un lector"<sup>12</sup>. Por eso no tiene ningún sentido torturarse leyendo libros que no atraigan nuestra atención, ni obligarse a terminar un libro por el simple motivo de que lo hayamos comenzado. Resulta contraproducente. Hay millares de libros buenísimos que no tendremos tiempo de llegar a leer en toda nuestra vida por muy prolongada que esta sea. Por eso recomiendo siempre dejar la lectura de un libro que a la página treinta no nos haya cautivado. Hay autores que resultan verdaderamente insoportables por famosos o "importantes" que sean. La causa de que nos aburran puede ser quizá nuestra falta de preparación, pero en todo caso es señal de que no debemos seguir con él.

---

<sup>9</sup> GRACIÁN, B. (1995) *Oráculo manual*, p. 229 (Madrid, Cátedra).

<sup>10</sup> JIMÉNEZ LOZANO, J. (1993) *La boda de Angela*, p. 72 (Barcelona, Seix & Barral)

<sup>11</sup> GOPEGUI, B. (1995) "El otro lado de este mundo", *Babelia* 27 mayo, p. 2.

<sup>12</sup> AMORÓS, A. (1995) "Leer humaniza", *Vela Mayor* 2, pp. 30.

¿Qué libros leer? Aquellos que nos apetezcan por la razón que sea. Un buen motivo para leer un libro concreto es que le haya gustado a alguien a quien apreciemos y nos lo haya recomendado. Otra buena razón es la de haber leído antes con gusto algún otro libro del mismo autor y haber percibido esa sintonía. Conforme se leen más libros de un autor, de una época o de una materia determinada, se gana una mayor familiaridad con ese entorno que permite incluso disfrutar más, hasta que llega un momento que sustituimos ese foco de interés por otro totalmente nuevo.

¿En qué orden leer? Sin ningún orden. Basta con tener los libros apilados en un montón o en una lista para irlos leyendo uno detrás de otro, de forma que no leamos más de dos o tres libros a la vez. Está bien el tener un plan de lecturas, pero sin obsesionarse, porque se trata de leer sin más lo que a uno le guste y porque le guste. Al final eso deja un poso, aunque parezca que uno no se acuerda de nada. Yo suelo dar prioridad a los libros más cortos, eso favorece además la impresión subjetiva de que uno va progresando en sus lecturas. Otras personas gustan de alternar un libro largo con uno corto. Depende también del tiempo de que uno disponga, pero hay que ir siempre a todas partes con el libro que estemos leyendo para así aprovechar las esperas y los tiempos muertos.

¿Cómo leer? Yo recomiendo siempre leer con un lápiz en la mano, o en el bolsillo, para hacer una pequeña raya al margen de aquel pasaje o aquella expresión con la que hemos "enganchado" y nos gustaría anotar o fotocopiar, y también llevar dentro del libro una octavilla que nos sirva de punto y en la que vayamos anotando los números de esas páginas que hemos señalado, alguna palabra que queramos buscar en el diccionario, o aquella reflexión o idea que nos ha sugerido la lectura. "El intelectual es, sencillamente, —escribía Steiner— un ser humano que cuando lee un libro tiene un lápiz en la mano"<sup>13</sup>.

#### 4. Pensar la fe hoy

En estos días resonaban en mis oídos las palabras que escuché al Papa filósofo Juan Pablo II en el Paraninfo de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense en la mañana del 3 de noviembre de 1982: "La síntesis entre cultura y fe no es solo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida"<sup>14</sup>. Han pasado más de treinta años y aquella amable invitación sigue siendo —al menos para mí— tan apremiante como entonces.

El hundimiento del "universo cristiano", la desaparición de aquel consenso institucional que era la base de la sociedad europea, es un fenómeno detectado por la mayor parte de quienes analizan la situación actual. Seguro que os impresionaron —como a mí— las palabras de Benedicto XVI en Westminster Hall y los rostros atentos de quienes le escuchaban<sup>15</sup>:

<sup>13</sup> STEINER, G. (1997) "El lector infrecuente", *ABC Literario*, 3 octubre, p. 19.

<sup>14</sup> Juan Pablo II, "Discurso a los universitarios y a los hombres de la cultura, de la investigación y el pensamiento en la Universidad Complutense de Madrid", 3 noviembre 1982, *Mensaje de Juan Pablo II a España*, BAC, Madrid, 1982, p. 94.

<sup>15</sup> Benedicto XVI, Discurso en Westminster Hall, 17 de septiembre de 2010 [<http://www.zenit.org/article-36588?l=spanish>] En este mismo sentido, puede leerse el n. 64 de la reciente *Evangelii Gaudium* [[http://multimedia.opusdei.org/pdf/es/papa-francesco\\_esortazione-ap\\_20131124\\_evangelii-gaudium\\_sp.pdf](http://multimedia.opusdei.org/pdf/es/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium_sp.pdf)]

Si los principios éticos que sostienen el proceso democrático no se rigen por nada más sólido que el mero consenso social, entonces este proceso se presenta evidentemente frágil. Aquí reside el verdadero desafío para la democracia. (...) ¿Dónde se encuentra la fundamentación ética de las deliberaciones políticas? La tradición católica mantiene que las normas objetivas para una acción justa de gobierno son accesibles a la razón, prescindiendo del contenido de la revelación. En este sentido, el papel de la religión en el debate político no es tanto proporcionar dichas normas, como si no pudieran conocerlas los no creyentes. Menos aún proponer soluciones políticas concretas, algo que está totalmente fuera de la competencia de la religión. Su papel consiste más bien en ayudar a purificar e iluminar la aplicación de la razón al descubrimiento de principios morales objetivos.

El problema no afecta solo a Inglaterra, sino a buena parte de las sociedades occidentales que se encuentran en muchos lugares en una situación que podemos denominar "post-cristiana": basta con escuchar con un poco de paciencia a nuestros alumnos que se sorprenden de que a los profesores no nos parezca bien el relativismo moral.

El punto que quería destacar es que el papel de los profesores de Religión se torna cada vez más importante en medio de este naufragio moral más o menos generalizado. Nuestros alumnos necesitan seguridad, apoyo y aliento en las encrucijadas morales que la vida inevitablemente trae consigo; necesitan de la fidelidad y el testimonio valiente y cordial de los profesores que hagan realidad en sus vidas una articulación efectiva de Evangelio y cultura. Acoger plenamente la fe significa, por tanto, convertirla en cultura, hacerla vida de nuestra vida, con un amplio espacio para la libertad y creatividad personales. Esto requiere de cada uno de nosotros que pensemos de nuevo nuestra fe.

Me impactó mucho hace algunos años la rotunda afirmación de la jurista norteamericana Mary Ann Glendon, profesora de la Universidad de Harvard, cuando agradecía el doctorado *honoris causa* que le había sido conferido en esta Universidad: "Podemos dar razones de las posiciones morales que mantenemos". Desde entonces esa afirmación me ha servido como lema de una tertulia doctrinal sobre cuestiones de actualidad que bajo el título general de "Razones de la vida cristiana" he venido teniendo cada semana con 30 o 40 universitarios a lo largo de los últimos quince años en el C. M. Belagua. Al hilo de los debates de la actualidad y utilizando casi siempre algunos textos selectos del *Catecismo de la Iglesia Católica* o de las enseñanzas del Papa o de la Conferencia Episcopal, hemos ido desgranando las cuestiones centrales que realmente más interpelan a los jóvenes.

Casi siempre lo más interesante es saber escuchar atentamente las preguntas y las dificultades que se plantean los jóvenes que a veces resultan del todo inesperadas para los profesores. De ordinario es posible contestar a las preguntas, pero otras veces hay que anotarse la pregunta y decir "lo estudiaré con atención y la próxima semana hablamos de este tema". Tampoco faltan ocasiones en las que hay que saber decir que la cuestión planteada es realmente un misterio con el que debemos aprender a vivir, pues en última instancia no podemos comprenderlo. La profesora Glendon en aquel discurso añadía<sup>16</sup>:

La idea fundamental que quiero subrayar es que los educadores e intelectuales católicos tienen que volver a familiarizarse con la gran tradición intelectual que es nuestra herencia fundamental. Lo necesitamos no solo por el bien de nuestra vocación bautismal, o por el de la Iglesia, sino también por el bien de nuestras sociedades.

---

<sup>16</sup> Mary Ann Glendon, Discurso al recibir el doctorado *honoris causa*, 17 de enero 2003. [<http://es.catholic.net/imprimir/index.phtml?ts=28&ca=484&te=1382&id=23947>>]

Es preciso, efectivamente, explorar el riquísimo potencial de la gran tradición católica —tal como atestigua, por ejemplo, el magnífico Catecismo de la Iglesia Católica— que nos permite sentirnos orgullosos de pertenecer a una estirpe tan ilustre de hombres y mujeres que se atrevieron a pensar a fondo su fe desde las categorías culturales de su tiempo y trataron de presentarla de la forma que les parecía más atractiva y más inteligible a sus coetáneos.

Lo mismo hemos de hacer nosotros ahora en esta sociedad pluralista. En este sentido, me gusta recordar que la fórmula preferida de la escolástica medieval era la *disputatio*, la confrontación entre los diversos pareceres, persuadidos de que todas las opiniones humanas merecen nuestra atención: "*Omnes enim opiniones secundum quid aliquid verum dicunt*"<sup>17</sup>, "Todas las opiniones, en cierto sentido, dicen algo verdadero". No todas las opiniones son igualmente verdaderas, pero si han sido formuladas seriamente en todas ellas hay algo de lo que podemos aprender. No solo la razón de cada uno es camino de la verdad, sino que también las razones de los demás sugieren y apuntan otros caminos que enriquecen y amplían la propia comprensión. No es esto relativismo. Como dice la gente joven ahora: "para nada". "La verdad que se cree no es verdad porque se cree, sino que se cree porque es verdad", ha escrito brillantemente la filósofa chilena Alejandra Carrasco<sup>18</sup>.

Con lo que acabo de decir estará claro que no hay nada que me parezca más contraproducente que la repetición rutinaria de unas fórmulas o de unas soluciones estereotipadas a problemas que a veces ni siquiera se han llegado a comprender en sus verdaderos términos. Hace falta pensar de nuevo la fe hoy y nadie puede pensar por cada uno de nosotros. Esta es la clave de la genuina reflexión filosófica y teológica. Y esta clave se pierde cuando la filosofía o la teología se convierten en una *escolástica* en el peor sentido del término, esto es, cuando se convierte en algo que se enseña, pero no en algo que se vive; cuando aquello que se enseña en las clases es incapaz de conferir sentido a la vida de quienes las imparten.

Lo importante son los problemas, comprender su hondura, su complejidad, las diversas maneras de abordarlos. Entender a fondo un problema es más importante incluso que su misma solución, pues nuestras soluciones son humanas, esto es, son siempre falibles, corregibles y mejorables. No tenemos un método universal solucionador de problemas ni un repertorio de soluciones para todos los problemas. Por una parte, hay algunos problemas radicalmente novedosos como los que plantean los más avanzados desarrollos de la tecnología o de las investigaciones médicas; por otra, hay muchas cuestiones y muy importantes que —apelando a la famosa distinción de Gabriel Marcel— más que problemas se trata verdaderamente de *misterios*, que realmente no *podemos* ni solucionar, ni siquiera a veces llegar a comprender plenamente.

El mayor peligro del escolasticismo es la renuncia a pensar por cuenta propia tanto los estudiantes como los profesores. Me gusta recordar una actitud de santo Tomás de Aquino, que es para mí la marca distintiva del sabio. Tomás "nunca se conformó —escribe uno de sus biógrafos— con una simple repetición de un punto de vista expresado anteriormente, incluso cuando respondía a las consultas epistolares que buscaban su experta opinión sobre distintos problemas; siempre repensaba la cuestión. Quizás este fue el secreto de su originalidad y

---

<sup>17</sup> Tomás de Aquino, 1 *Dist* 23 q.1, a. 3.

<sup>18</sup> A. Carrasco, "Educar para la libertad en un mundo plural y diverso", 1995. Accesible en [<http://web.upaep.mx/octavoencuentro/ponencias/DraAlejandraCarrasco.doc>]



frescor: plantear siempre nuevamente todo problema, y presentar nuevas y más precisas soluciones a antiguas dificultades”<sup>19</sup>.

## 5. Vivir creativamente la fe

La desarticulación de pensamiento y vida ha sido una cuestión que ha desgarrado la filosofía de los dos últimos siglos y que todavía conmueve a la cultura contemporánea. Como sabéis bien, el eje central de las enseñanzas de Benedicto XVI se encontraba en su reiterada afirmación de que es preciso ensanchar la razón humana moderna —la razón científica— para que en ella quepan el corazón, los sentimientos, la belleza y la bondad, "las fuerzas salvadoras de la fe, el discernimiento entre el bien y el mal"<sup>20</sup>; para que en la razón puedan encontrar cabida aquellos elementos más humanos que fueron desechados por el materialismo científico ilustrado de los dos últimos siglos. La encíclica *Lumen Fidei* merece, en este sentido, una lectura detenida, en particular la sección sobre el "Diálogo entre fe y razón" (nn. 32-34), pero solo citaré las dos líneas de ese maravilloso texto que más me emocionaron:

La luz de la fe no disipa todas nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y esto basta para caminar. Al hombre que sufre, Dios no le da un razonamiento que explique todo, sino que le responde con una presencia que le acompaña.

Permitidme que añada una cita más, ahora de la reciente exhortación apostólica del Papa Francisco *Evangelii Gaudium*, n. 132 cuya atenta lectura lápiz en mano os encarezco:

El anuncio [del Evangelio] a la cultura implica también un anuncio a las culturas profesionales, científicas y académicas. Se trata del encuentro entre la fe, la razón y las ciencias, que procura desarrollar un nuevo discurso de la credibilidad, una original apologética que ayude a crear las disposiciones para que el Evangelio sea escuchado por todos. Cuando algunas categorías de la razón y de las ciencias son acogidas en el anuncio del mensaje, esas mismas categorías se convierten en instrumentos de evangelización; es el agua convertida en vino. Es aquello que, asumido, no solo es redimido sino que se vuelve instrumento del Espíritu para iluminar y renovar el mundo.

Vivir creativamente la fe exige una vida de relación personal con Dios. Sabéis esto muy bien, pero yo querría recordar aquí algo aprendido personalmente de San Josemaría Escrivá a principios de los años 70 en un encuentro con sacerdotes en Valencia. Alguien le había hecho una pregunta y San Josemaría recordó una anotación que había tomado esa mañana en su oración personal. Sacó su agenda del bolsillo y de ella extrajo un papel suelto, se levantó las gafas para poder ver el texto de cerca y antes de leerlo dijo, "Hermanos míos, yo vivo de papelitos". San Josemaría alimentaba su vida de trato con Dios a través de sus anotaciones y de su escritura como atestiguan con claridad sus libros. Escribir en los ratos de meditación personal ayuda a fijar la atención en Dios y ayuda, sobre todo, a profundizar en Él. Esa fue la experiencia de San Agustín ("Debo confesar que escribiendo yo mismo aprendí muchas cosas que no sabía"<sup>21</sup>), la de San Atanasio ("Que cada uno anote y escriba sus actos e impulsos del alma como si tuviera que revelárselos a otros"<sup>22</sup>) o la del fundador de esta

<sup>19</sup> James A. Weisheipl, *Tomás de Aquino*, p. 365.

<sup>20</sup> Benedicto XVI, *Spe salvi*, n. 23; cf. *Deus caritas est*, n. 28, *Caritas in veritate*, n. 33, etc.

<sup>21</sup> San Agustín, *De Trinitate*, III, 3.

<sup>22</sup> San Atanasio, *Vita Antonii*, 15, 9.

Universidad que, tomando nota en su oración de las cosas que Dios ponía en su alma, llenó el mundo de palabras luminosas capaces de encender a los demás.

Lo que estoy sugiriendo es que para lograr una articulación personal de fe y vida un camino particularmente adecuado para quienes cultivamos la vida intelectual es la escritura. Para un intelectual vivir es escribir y escribir es vivir, y tanto vivir como escribir son — ¡pueden ser!— hacer oración, encuentro con Dios, que se traducirá decididamente en un servicio generoso a los demás. Si de verdad nos empeñamos en escribir, además de adquirir y desarrollar los hábitos que requiere nuestra vida profesional (*to publish or to perish!*) ganaremos la hondura capaz de arrastrar a nuestros estudiantes que viven a menudo en un horizonte de banal superficialidad.

Muchísimas gracias por vuestra atención.

Para seguir leyendo:

R. T. Caldera, *El oficio de sabio*, Ediciones Internacionales Universitarias, 2010; <[http://innopac.unav.es/record=b2025641~S1\\*spj](http://innopac.unav.es/record=b2025641~S1*spj)>

R. Furman, "The Practice of Writing", del cap. 3, "Writing as Disciplined Practice" del libro *Practical Tips for Publishing Scholarly Articles: Writing and Publishing in the Helping Professions*, Lyceum Books, Chicago, IL 2012. TP Msg #1209 <<http://derekbruff.org/blogs/tomprof/2012/11/05/tp-msg-1209-the-practice-of-writing/>>

J. Nubiola, *El taller de la filosofía. Una introducción a la escritura filosófica*, Eunsa, Pamplona, 5ª ed, 2010.

Blog *Filosofía para el siglo XXI*: <<http://filosofiaparaelsigloxxi.wordpress.com/>>

Quien no sepa qué leer puede consultar la *web* de "*Libros inolvidables*" que he preparado con una colega: <<http://www.unav.es/users/Libros.html>> y toda la sección PLC ("Para leer en casa") de las salas de las Bibliotecas de alumnos.